



LA HORA DE LOS SECUESTROS

En octubre de 1956, un avión marroquí, en el que viajaba de Rabat a Túnez Ahmed Ben Bella y un grupo de dirigentes del FLN argelino, fue secuestrado por los franceses. El secuestro lo realizaron los tripulantes franceses del aparato —pilotos, azafatas—, franceses que trabajaban al servicio del gobierno marroquí en virtud de los acuerdos de ayuda técnica; los argelinos tenían calidad de parlamentarios, puesto que viajaban a Túnez para entrevistarse con una delegación oficial francesa y comenzar negociaciones de paz. Secuestrados, fueron conducidos a París, donde un tribunal regular de justicia los condenó a muerte y a cadena perpetua. Esta siniestra operación fue generalmente aplaudida en Occidente, considerada como una hábil añagaza de guerra. Estaban haciendo época. Abría una era de secuestros y de acciones irregulares, fuera de la antigua idea de la «guerra entre caballeros», mito que realmente jamás ha existido en el mundo. No han faltado en esta era violaciones de neutralidad, de derecho de asilo. Francia se llevó a Argoud de Alemania Federal; Israel, a Eichmann de la Argentina —y le juzgó, le ejecutó y aventó sus cenizas—, y se llevó unas cañoneras francesas ancladas en Cherburgo. Se podría hacer una larga lista de actos que preceden al secuestro de los aviones por los palestinos, sin siquiera tener ánimo de justificarlos, pero sí con el de explicar que no muchos pueden arrojarles la primera piedra. Ciertamente, esta vez se han visto inocentes envueltos en el asunto. Pero no pueden señalar con su dedo las mismas manos de My Lai. La suerte de un «rehén del desierto» es infinitamente superior a la del campesino de los arrozales vietnamitas: su inocencia puede ser la misma.

Los palestinos están convencidos de que los inocentes de este mundo culpable son ellos. ¿Se debe recordar su problema? Desde hace veinte años, dos millones de palestinos viven en condiciones infrahumanas, expulsados de sus tierras y sus casas por la fundación del Estado de Israel. «A nosotros nos han secuestrado nuestro país», ha dicho alguien desde las guerrillas. Difícilmente pueden concebir los palestinos la existencia de alguien que sea neutral en este problema; fue, en su momento, una cuestión del mundo contra los árabes palestinos. Fue la Sociedad de

Naciones de Ginebra la que instó a Gran Bretaña a que cumpliera la Declaración Balfour, «devolviendo» el hogar nacional judío a quienes fueron expulsados de él dos mil años antes. Los judíos llegaron a Palestina desde diversas naciones y, amparados por pasaportes de varias nacionalidades (¿puede parecer extraño que los árabes consideren ahora como enemigos a los israelitas que tienen prisioneros y no acepten que sus pasaportes norteamericanos o ingleses signifiquen ahora que no son israelitas?), recibieron dinero, armas y apoyo de todo el mundo. Finalmente, cuando establecieron su Estado, fueron reconocidos por el mundo entero —por la URSS en primer lugar— y apoyados por las más grandes potencias. Los palestinos huidos carecieron desde entonces de representación nacional: su Estado en bloque había desaparecido —no hubo ya Palestina, sino Israel—, no fueron asimilados por ningún otro, nadie aceptó su defensa y se sostuvieron desde entonces mediante una ayuda en forma de limosna de los organismos de las Naciones Unidas dedicados a la protección de «personas desplazadas».

Su situación en estos momentos es más desesperada que nunca. La paz que se cierne sobre su zona se va a hacer, se ha comenzado a hacer, en detrimento suyo. Las grandes potencias mundiales estrechan sus relaciones de coexistencia por encima de sus miserables tiendas de campaña, de sus enormes campos de concentración (donde, claro, también hay mujeres y niños, como en los aviones secuestrados). Han escuchado en el Consejo de Seguridad la idea de que «liquidar de una vez la cuestión de los palestinos» con un tono que sonaba horriblemente igual al de Hitler cuando hablaba de la «solución final» de la cuestión judía. Sus hermanos árabes, tentados por los beneficios de la coexistencia, han comenzado a comprender que los aguafiestas eran los palestinos: dispararon contra ellos en Líbano y en Siria, y en Jordania no han sido liquidados porque, al final, han resultado tener más fuerza que Hussein. Nasser, desde Egipto, amenaza con enviar ya su ejército contra ellos. En cuanto al doble objetivo de algunas de las fuerzas de resistencia palestina de introducir los elementos de una revolución marxista en Oriente Medio, se encuentran con la enemistad y la censura

La operación de los secuestros ha sido un acto de extrema urgencia. Algo con que dar señales de existencia, mostrar una fuerza y una decisión de seguir combatiendo. En la foto, restos de los aviones dinamitados por guerrilleros árabes en el "aeropuerto del desierto".

de la Unión Soviética. En Moscú se les llama «los extremistas palestinos». El «Rude Pravo», órgano del partido comunista checoslovaco, explica que su acto sólo puede ser aprobado por «pequeñas minorías de intelectuales sectarios». La discordia ha llegado al seno de las propias guerrillas palestinas: el Frente de Liberación Popular, que ha realizado los secuestros y la voladura final de los aparatos, ha sido expulsado de la Organización Nacional; el doctor Habach ha sido desautorizado por Yasser Arafat y las disensiones se han hecho muy graves.

Al mismo tiempo, la situación en Jordania se sostiene en un punto de desesperación. Parece que Hussein y su gobierno están prácticamente prisioneros de los revolucionarios —en este caso, no sólo palestinos, sino, principalmente, jordanos que no aceptan la política real ni la situación social—, pero éstos no se atreven a sustituir un poder por otro. La proclamación de una república y la evicción de Hussein podría producir una inmediata intervención extranjera. Probablemente no la de los Estados Unidos, ni siquiera la de Israel, que crearían una situación explosiva, pero sí la de Egipto, la de Líbano, la de Siria. Podría ser, efectivamente, la «liquidación final» del problema palestino. Pero podría ser, también, el momento de la intervención por parte del Irak, de Libia, de Argelia. Podría producirse una guerra entre Estados árabes, equivalente a una guerra civil dentro de la nación árabe, en la que gobiernos feudales y reformistas se enfrentarían con gobiernos y grupos revolucionaristas. Israel podría permitirse el lujo de esperar y ver. Sería uno de los resultados de su habilísima, inteligente política. Todas sus acciones desde la campaña «de los seis días» han estado encaminadas a producir esta separación entre palestinos y no palestinos; sus aceptaciones y sus aplazamientos para las conversaciones de paz están calculados para dejar pudrir la situación. Y la situación se pudre a pasos agigantados.

La operación de los secuestros ha sido un acto de extrema urgencia. Algo con que dar señales de existencia, mostrar una fuerza —el planeamiento de las operaciones simultáneas, su ejecución, la creación del «aeropuerto de la revolución», los detalles de todo ello revelan, en efecto, una organización importante y capacitada— y una decisión de continuar combatiendo. Al forzar a negociar a algunos Estados europeos, obtienen una especie de reconocimiento. Y suponen que realizan un acto de propaganda sobre la justicia de su causa.

Es difícil creer que, en efecto, hayan conseguido sus propósitos. El cuidadoso «protocolo de secuestro» que han aplicado a los secuestrados, su traslado a un hotel de lujo, la atención a una pasajera en trance de dar a luz con un equipo de tres doctores y varias comadronas y enfermeras, el suministro de bebidas frescas y de alimentación, no han bastado para la opinión mundial. El «Washington Post», por ejemplo, explica que estos gestos están hechos en «su propio servicio» y que «no borran la esencial crueldad de estos gangsters...». Los países que actúan bajo la cobertura de la «ley y el orden» han podido rechazar a los palestinos al mundo del «banditaje y terrorismo». Cualquiera «operación de castigo» que se emprendiese ahora contra ellos aparecería como natural. Su situación general es peor que antes. Si, en efecto, se ha comprendido que no puede haber paz real en Oriente Medio sin contar con los palestinos, la tendencia a contar con ellos no es mayor ahora que antes. Es, en cambio, mayor la tendencia a eliminarlos. U obligarles a aceptar.

• • •

La forma en que se ha realizado esta operación plantea una cuestión importante de orden general: la de la incapacidad de los poderes para defenderse de ciertas formas de la agresión. Las medidas de seguridad, humanas y técnicas, en todos los aeropuertos del mundo no han conseguido evitar esta operación, de la misma forma que las enormes medidas policíacas y militares en los países americanos no consiguen detener ciertas operaciones de guerrilla rural y urbana de secuestro. Los poderes constituidos son más fuertes que nunca; las formas de revolución clásicas parecían agotadas, aparecen otras nuevas. Se ensayan otras. Se buscan puntos vulnerables. Pueden las grandes potencias tener fuerzas apocalípticas, que siempre tendrán, también, puntos vulnerables. Vietnam ha sido una importante lección en esta capacidad de burlar los poderes inconmensurables; si los Estados Unidos no hubiesen despreciado la importancia de lecciones anteriores —Argelia, Indochina, para Francia; los Mau-Mau, de Kenya, para Gran Bretaña—, considerando que sólo eran válidas para potencias menores, no hubieran entrado tan imprudentemente en esta aventura.

La modificación de los elementos clásicos de la revolución hacen clamar a los poderes por su «heterodoxia». No se respetan las «reglas del juego»: ni diplomáticas, ni civiles, ni neutrales, ni inocentes. No se han respetado jamás, realmente, pero han sido agredidos de una

manera «regular», y las formas de ahora son nuevas. La inquietud grave nace de hasta dónde pueden llegar los revolucionarios que inauguran la hora de los secuestros y de los actos aislados. James Reston señala la posibilidad de que ciudades modernas como Nueva York pueden estar a la merced de «un grupo de fanáticos que saben cómo llegar a los centros críticos de la energía eléctrica», y la aparición de guerrillas urbanas en países de alta industrialización puede ser catastrófica para los poderes. No se ha descubierto, hasta ahora, la forma de cubrir estas vulnerabilidades. La presencia de guardias armados en los aviones de Estados Unidos y de Israel, o sin armas en los aviones británicos, puede ocasionar algunas catástrofes; ya está ocasionando la de que los pasajeros se niegan a tomar billetes para los aviones así guardados. La idea de boicotear a los países que albergan secuestradores no parece posible. ¿Devolverán los Estados Unidos a los exiliados cubanos que secuestraron barcos y aviones para irse a Miami? ¿Se devolverá a los países comunistas a quienes huyeron así hacia Occidente?

Por otra parte, sería un error grave centrar todos los esfuerzos de defensa en el problema de los aviones o en el de los diplomáticos. Protegidos suficientemente en el mundo entero, aparecerían otras formas de acción sobre otros puntos débiles y vulnerables: las actuales sociedades tecnocráticas los tienen en abundancia.

La posibilidad de represión mediante la fuerza o la entereza es una. Esto puede hacer más tiránicos a los poderes, de forma que se aumentarán en número los grupos rebeldes y tenderán también a acrecentar sus formas de oposición tiránica (dominio por el terror) como única forma de lucha política que les queda libre. La posibilidad inversa es la de que desde los poderes se trate de evitar las frustraciones de grupos, naciones, étnicas, y se les dé acceso a las opciones políticas reales mediante medios democráticos no ficticios. No parece que sea esa la tendencia. En realidad, estamos ante situaciones clásicas de enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, y lo único que varían son las técnicas de lo posible y lo imposible y la amplitud del escenario: las revoluciones locales alcanzan ahora al mundo entero, de la misma manera que los poderes imperiales se extienden, también, por el mundo entero.

U Thant, secretario de las Naciones Unidas, estudia con el señor Jarring, delegado especial de las Naciones Unidas en Oriente Medio, las propuestas de los guerrilleros palestinos para liberar a los pasajeros de los aviones secuestrados.

